Peter Pan

Los clásicos

Disney

Disney

Peter Pan





Ésta es una historia que la mayoría de los adultos ya ha olvidado. Sucedió hace mucho tiempo y probablemente volverá a suceder. La nuestra comienza en Londres una noche estrellada. La luz de la luna ilumina el puente de la Torre y el lucero de la tarde está a punto de aparecer en el horizonte. La magia flota en el aire para quien esté dispuesto a creer en ella…



En el hogar de la familia Darling, el señor y la señora Darling se estaban preparando para ir a una cena.

—¡Mary, Mary! ¿Has visto mis gemelos? —el señor Darling estaba de un humor espantoso, que no hizo sino empeorar cuando oyó que los niños estaban jugando a lo que él llamaba «imaginaciones tontas».

Normalmente la señora Darling conseguía tranquilizarle.

—Aquí tienes los gemelos, George. Apresurémonos y demos las buenas noches a los niños.



Mientras, en su cuarto, Miguel y Juan jugaban a que eran Peter Pan y el capitán Garfio y se enfrentaban en un nuevo combate en el País de Nunca Jamás.
—¡Ajá, capitán Garfio, ríndete! —exclamó Miguel.
—¡Maldito seas, Peter Pan! ¡Te arrancaré los intestinos! —contestó Juan.
Todas las noches, antes de que Nana, la perra niñera, les arropara en la cama, Wendy, su hermana mayor, les contaba historias de las aventuras de Peter Pan en el País de Nunca Jamás.



Desgraciadamente, el humor del señor Darling no mejoró cuando descubrió que los niños le habían dibujado un mapa de Nunca Jamás en la camisa. Estaba muy enfadado y decidió dejar bien claro quién era el amo de la casa. Para empezar, envió a la pobre Nana al jardín, a dormir en su caseta.

—¡Es el lugar más apropiado para un perro! —exclamó furioso.

Después, le llegó el turno a Wendy.

—¡Eres ya muy mayor para seguir en este cuarto, jovencita! A partir de mañana, dormirás en tu habitación… ¡y se acabarán las historias de Peter Pan!

Por fin reinó la calma en el cuarto de los niños. La señora Darling besó a sus hijos antes de irse. Con voz adormilada, Wendy pidió a su madre que dejara la ventana abierta.
—... para que pueda entrar Peter Pan...

—¿Qué crees que ha querido decir, George? —preguntó la señora Darling cuando salieron de casa.
—¡Por Dios, Mary! ¡Sólo son chiquilladas! ¡Peter Pan! ¡Pamplinas!





Una silueta revoloteaba sobre los tejados, seguida de lo que parecía una estrella fugaz. Saltó de chimenea en chimenea hasta que llegó a la ventana de los Darling. Peter Pan en persona empujó suavemente la ventana y entró de un salto en la habitación, acompañado de su amiga, el hada Campanilla.

—¡Vamos, Campanilla, tenemos que encontrar mi sombra!

Campanilla contestó en el lenguaje de las hadas, un suave tintineo parecido al que hacen las campanillas.

Sólo Peter Pan podía comprenderla. Los dos comenzaron a recorrer la estancia en busca de la sombra de Peter.



—¡Tilín, tilín! —Campanilla se puso a revolotear ante una cómoda. Peter miró por el ojo de la cerradura.

—¡Bravo, Campanilla, la has encontrado!

Abrió el cajón y su sombra salió de un salto. A Peter le gustaba sentarse en la ventana y escuchar las historias que Wendy contaba sobre el País de Nunca Jamás. En su última visita, Nana había saltado sobre él, le había quitado la sombra, y él había tenido que huir sin su oscura compañera.



Peter Pan y su sombra revolotearon por la habitación. La sombra no parecía tener prisa en volver a reunirse con Peter. Planearon por encima y por debajo de los niños, esquivando muebles y juguetes…, hasta que el jaleo despertó a Wendy.

—¡Caramba, es Peter Pan! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo? Ah, ya veo, intentas recuperar tu sombra. Vamos, deja que te la cosa.



Mientras Wendy le cosía
la sombra, Peter tocó la flauta
y le habló de Nunca Jamás,
la tierra donde los niños
no tenían que crecer.
Al pobre Miguel le despertó
el sonido de la música.
—¡Cielos!
Peter Pan se puso de pie
para comprobar cómo había
quedado su sombra.
—¡Está arreglada!
—exclamó—. ¡Ya podemos
volver a Nunca Jamás!
—¡A Nunca Jamás! —dijo
Wendy con voz entrecortada.



—¡Oh, me encantaría ajustar las cuentas a algún bucanero! —exclamó Juan.
—¡Y a los piratas! —añadió el pequeño Miguel.
—Muy bien —concedió Peter Pan—, pero tendréis que obedecerme.
—¡Sí, señor! —exclamaron los niños.
—Ahora —dijo Peter—, ¡debéis aprender a volar!
Peter recordó que necesitaban polvo de hada. Agarró a Campanilla y la agitó para espolvorear polvo dorado sobre ellos… y ¡a volar!
—¡Estoy volando! —exclamó Wendy.
—¡Cielos, vuelo! —gritó Juan.
—¡Yo también! —chilló Miguel.



Los niños volaron por el cuarto y salieron por la ventana cantando. Nana se quedó boquiabierta al verlos pasar por encima del jardín. El travieso Miguel cogió a Campanilla y soltó un poco de polvo mágico sobre Nana, que se puso a flotar, aunque la correa la mantuvo unida a la caseta. Lo único que la fiel perra pudo hacer fue contemplar desconcertada cómo los niños se alejaban volando por el cielo.

—Adiós, Nana… —se despidió Miguel.



Los niños siguieron a Peter Pan cantando:
—Si acaso quieres volar…
Volaron sobre los tejados de Londres, pasaron sobre Westminster y el Big Ben, atravesaron el río Támesis y se elevaron por encima de las nubes.
—Peter, ¿está muy lejos Nunca Jamás? —preguntó Wendy.
—¡Por allí, Wendy! —contestó Peter—. La segunda estrella a la derecha y después todo recto hasta el amanecer.
Y continuaron volando hacia el país de sus sueños… ¡el País de Nunca Jamás!

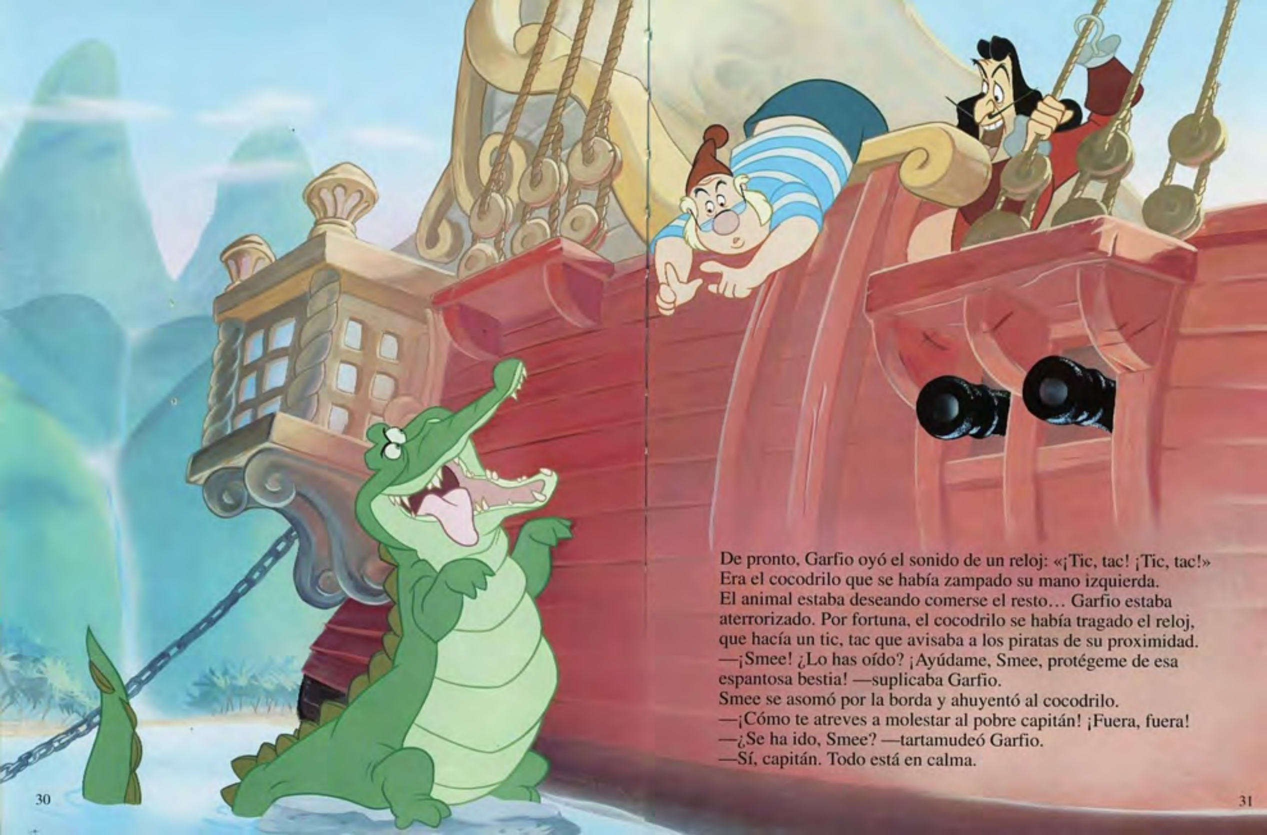


Tras un largo viaje a través de la noche, por fin divisaron Nunca Jamás.
—Bueno, Wendy, ahí está —anunció Peter con orgullo.
—¡Mira, Wendy! —exclamó Juan—. ¡El lago de las Sirenas! ¡El campamento indio!
—¡Y el barco pirata con su tripulación! ¡Es exactamente como nos dijiste! —añadió Miguel emocionado.
—Sí, es como lo había imaginado —murmuró Wendy.
Todos se sentaron en una nube para contemplar Nunca Jamás.



A bordo del barco pirata, el capitán Garfio estudiaba con atención un mapa de Nunca Jamás intentando descubrir el escondite de Peter Pan. Su compinche, Smee, rondaba nervioso a su lado, dispuesto a cumplir sus órdenes. La tripulación pirata quería acción y murmuraba con impaciencia.

—¡Silencio! —gruñó el capitán—. ¡Debo encontrar el escondite de Peter Pan! ¿Dónde puede estar? ¿En el lago de las Sirenas? ¿Bajo la roca de la Calavera? ¿O en algún lugar del campamento indio? ¡Tengo que vengarme de Peter Pan!



De pronto, Garfio oyó el sonido de un reloj: «¡Tic, tac! ¡Tic, tac!» Era el cocodrilo que se había zampado su mano izquierda. El animal estaba deseando comerse el resto… Garfio estaba aterrorizado. Por fortuna, el cocodrilo se había tragado el reloj, que hacía un tic, tac que avisaba a los piratas de su proximidad.

—¡Smee! ¿Lo has oído? ¡Ayúdame, Smee, protégeme de esa espantosa bestia! —suplicaba Garfio.

Smee se asomó por la borda y ahuyentó al cocodrilo.

—¡Cómo te atreves a molestar al pobre capitán! ¡Fuera, fuera!

—¿Se ha ido, Smee? —tartamudeó Garfio.

—Sí, capitán. Todo está en calma.

—¡Peter Pan a la vista!
El anuncio del vigía interrumpió el lamento de Garfio, que inmediatamente olvidó al cocodrilo. La tripulación se puso en acción y cumplió las órdenes del capitán.
—¡Disparadles! ¡Derribadles!
Completamente ajenos al ataque pirata, los niños continuaban charlando sobre la nube. De repente, Peter gritó:
—¡Agachaos, rápido! —y una bala de cañón pasó silbando por encima de sus cabezas.
—¡Campanilla, llévales con los Niños Perdidos! Yo me quedaré y distraeré a los piratas —indicó Peter.



—¡Campanilla, Campanilla, espéranos! ¡No podemos seguirte! Campanilla estaba de mal humor desde el comienzo de la aventura. Peter Pan dedicaba demasiada atención a Wendy… ¡y ella parecía encantada! Cegada por los celos, vio la oportunidad de librarse de los niños. Voló cada vez más rápido para que no pudieran seguirla, sin hacer caso a Wendy, Juan y Miguel, que se esforzaban inútilmente por alcanzar a la rencorosa Campanilla.



Campanilla llegó al hogar subterráneo de los Niños Perdidos
y les despertó, tintineando enfadada en el lenguaje de las hadas.
Al instante, los Niños Perdidos saltaron de sus hamacas
tropezando unos contra otros.
—¿Qué está diciendo?
—Dice que un terrible pájaro Wendy vuela hacia aquí y que debemos
derribarlo. ¡Son órdenes de Peter!
—Vamos, muchachos. ¡En marcha! ¡Abajo el pájaro Wendy!





Los Niños Perdidos salieron corriendo de su guarida, armados con tiradores y espadas, y lanzando gritos de guerra.
—¡Abajo el pájaro Wendy! ¡Derribadlo!
Apuntaron hacia Wendy y descargaron una lluvia de piedras y espadas. Una de las piedras alcanzó a la niña, que gritó desesperada:
—¡Socorro!
Aterrorizados, los niños olvidaron sus bellos pensamientos. Ya no podían volar y comenzaron a caer en picado.



Afortunadamente, Peter Pan llegó justo a tiempo de coger a Wendy. Juan utilizó su paraguas como paracaídas y agarró al pequeño Miguel.

—¿Qué ocurre aquí? —gritó Peter Pan muy enfadado—. ¿Por qué habéis disparado a Wendy?

—Pero Peter, Campanilla nos dijo que querías que disparáramos al horrible pájaro Wendy… —exclamaron los Niños Perdidos—. ¡Sólo cumplíamos tus órdenes!



La expresión de la pequeña hada confirmó a Peter
su culpabilidad.
—¡Te destierro de Nunca Jamás… para siempre!
—¡Oh, Peter! ¡Para siempre, no! —suplicó Wendy.
—Está bien: durante una semana —dijo Peter.
Campanilla se alejó zumbando como una abeja enfadada.



Mientras Peter y Wendy volaban al lago de las Sirenas, los chicos decidieron explorar Nunca Jamás. Juan y Miguel deseaban ver a los indios. Marcharon con los Niños Perdidos. Iban cantando:
—¡Li-ri, li-rán, apréndete la canción! ¡Li-ri, li-rán, li-ri-li li-rán li-rón!…



De pronto, Juan ordenó parar la marcha.
—¡Deteneos! ¡Huellas de indios! Y comenzó a exponer su plan. Pero Miguel vio unos pies bajo un abeto. Trató de avisar a su hermano, pero los árboles empezaron a cerrarse sobre ellos. Y entonces, de cada árbol brotaron dos brazos y dos piernas que agarraron a los niños. ¡Los indios les habían atacado por sorpresa!

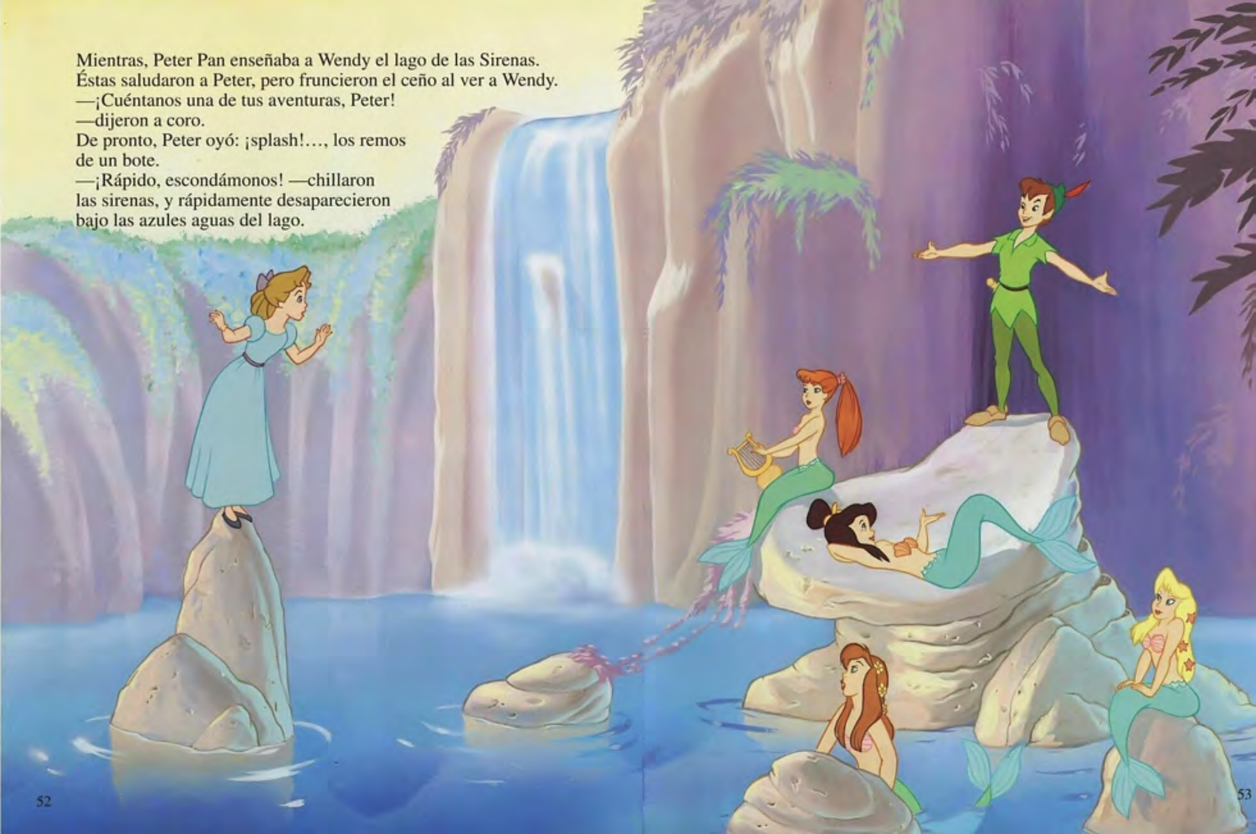


Los indios ataron a los niños e iniciaron la marcha hacia su campamento. Un guerrero llevaba el paraguas de Juan y otro arrastraba de una cuerda al pobre osito de Miguel. Miguel y Juan caminaban con la cabeza erguida fingiendo valor, aunque interiormente se preguntaban qué iba a ser de ellos. Juan se sentía mal por haber permitido que cayeran en una emboscada.

—Lo siento mucho, compañeros… ¡Ha sido culpa mía!



Cuando el jefe indio se acercó a ellos, los Niños Perdidos trataron de explicarle que sólo se trataba de un juego.
—¡Jau, Gran Jefe! ¡Esta vez, tú ganas! ¡Ahora, suéltanos!
—¡Esta vez, piel roja no dejar libres niños rostro pálido! ¡Primero decidme dónde vosotros esconder princesa Tigrilla! ¡Si Tigrilla no volver al anochecer, vosotros arder en hoguera!
Los niños se apretujaron unos contra otros, esperando que Peter Pan acudiera a salvarlos.



Mientras, Peter Pan enseñaba a Wendy el lago de las Sirenas. Éstas saludaron a Peter, pero fruncieron el ceño al ver a Wendy.

—¡Cuéntanos una de tus aventuras, Peter! —dijeron a coro.

De pronto, Peter oyó: ¡splash!…, los remos de un bote.

—¡Rápido, escondámonos! —chillaron las sirenas, y rápidamente desaparecieron bajo las azules aguas del lago.



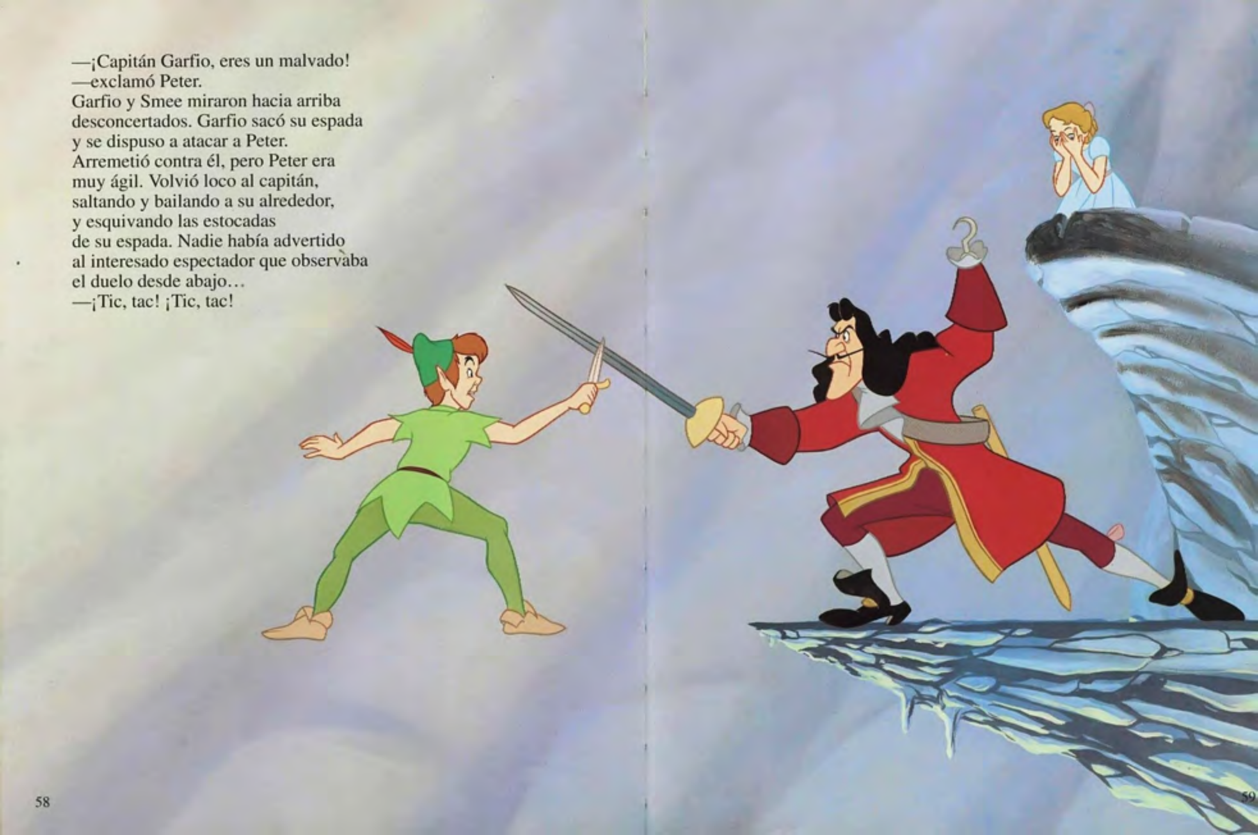
Peter y Wendy espiaron al capitán Garfio y Smee, que estaban sentados en el bote con una joven india atada junto a la popa.

—¡Ssshhh! ¡Es el capitán Garfio! —susurró Peter. Tomó a Wendy de la mano y volaron detrás de la barca.

—¡Rápido, Wendy, han capturado a la princesa Tigrilla y la llevan a la roca de la Calavera! Debemos averiguar qué están tramando… ¡y rescatarla!



El capitán Garfio amenazaba a Tigrilla:
—Si no me dices dónde está el escondite de Peter Pan, ¡te abandonaré en esta roca cuando suba la marea! ¡Y el que se ahoga no va al cielo… a gozar de la gloria de sus antepasados!
Pero Tigrilla mantuvo la cabeza alta y se negó a delatar a Peter.
—¡Oh, Peter, pobre Tigrilla! Tienes que salvarla —susurró Wendy.
—¡Le daré su merecido! —dijo Peter, incorporándose de un salto.



—¡Capitán Garfio, eres un malvado! —exclamó Peter.

Garfio y Smee miraron hacia arriba desconcertados. Garfio sacó su espada y se dispuso a atacar a Peter. Arremetió contra él, pero Peter era muy ágil. Volvió loco al capitán, saltando y bailando a su alrededor, y esquivando las estocadas de su espada. Nadie había advertido al interesado espectador que observaba el duelo desde abajo…

—¡Tic, tac! ¡Tic, tac!

Garfio asestó una rápida estocada, pero tropezó y resbaló de la roca… cayendo sobre las mandíbulas del cocodrilo.

—¡Cuidado con los tropiezos, Garfio! —gritó Peter.

El capitán apenas tuvo tiempo de aferrarse al borde de la roca con su garfio. Pataleaba desesperado tratando de librarse de los afilados dientes del animal.

—¡Smee, sálvame! ¡Smee!

—¡No se mueva, capitán, le salvaré! —Smee se acercó remando hasta Garfio y el cocodrilo. Garfio saltó y logró aterrizar en el bote.

—¡Rema hacia el barco, Smee!

—¡El malvado se salvó! —Peter se moría de risa.

—¡Peter, no olvides a Tigrilla! —gritó Wendy.

A la valiente princesa india el agua le llegaba a la barbilla.





—¿Tigrilla? ¡Ah, Tigrilla! —exclamó Peter.
Y mientras Smee y Garfio remaban desesperadamente seguidos de cerca por el cocodrilo, Peter Pan acudió a salvar a Tigrilla de morir ahogada. La tomó en brazos y voló en dirección al campamento indio, seguido de Wendy, para devolver a la princesita a su padre.



Inmediatamente el Jefe liberó a Juan, Miguel y los Niños Perdidos. Nombró a Peter indio de hornor, le regaló un magnífico tocado y le bautizó con el nombre de Pequeña Águila Voladora. Se celebró una gran fiesta en el campamento piel roja. Encendieron una hoguera y todos bailaron a su alrededor entonando cantos indios de guerra.



No lejos de allí, una tristísima Campanilla contemplaba el humo que se elevaba sobre el campamento indio mientras se preguntaba cómo librarse de Wendy. La reducción del castigo no había mejorado su humor; al contrario, seguía enfadada y celosa. No quería compartir a Peter Pan con nadie… Estaba tan absorta en sus amargos pensamientos que no oyó unos pasos furtivos que se acercaban a ella.



Smee se acercó sigilosamente a Campanilla y la atrapó con el gorro. La pequeña hada dejó escapar tintineos nada amistosos. Smee la miró y se disculpó:

—Lo siento, señorita Campanilla. ¡Órdenes del capitán Garfio! Quiere tener una pequeña charla con usted.

Smee había contado a Garfio el problema entre Peter Pan y Campanilla, y al capitán se le había ocurrido una gran idea.

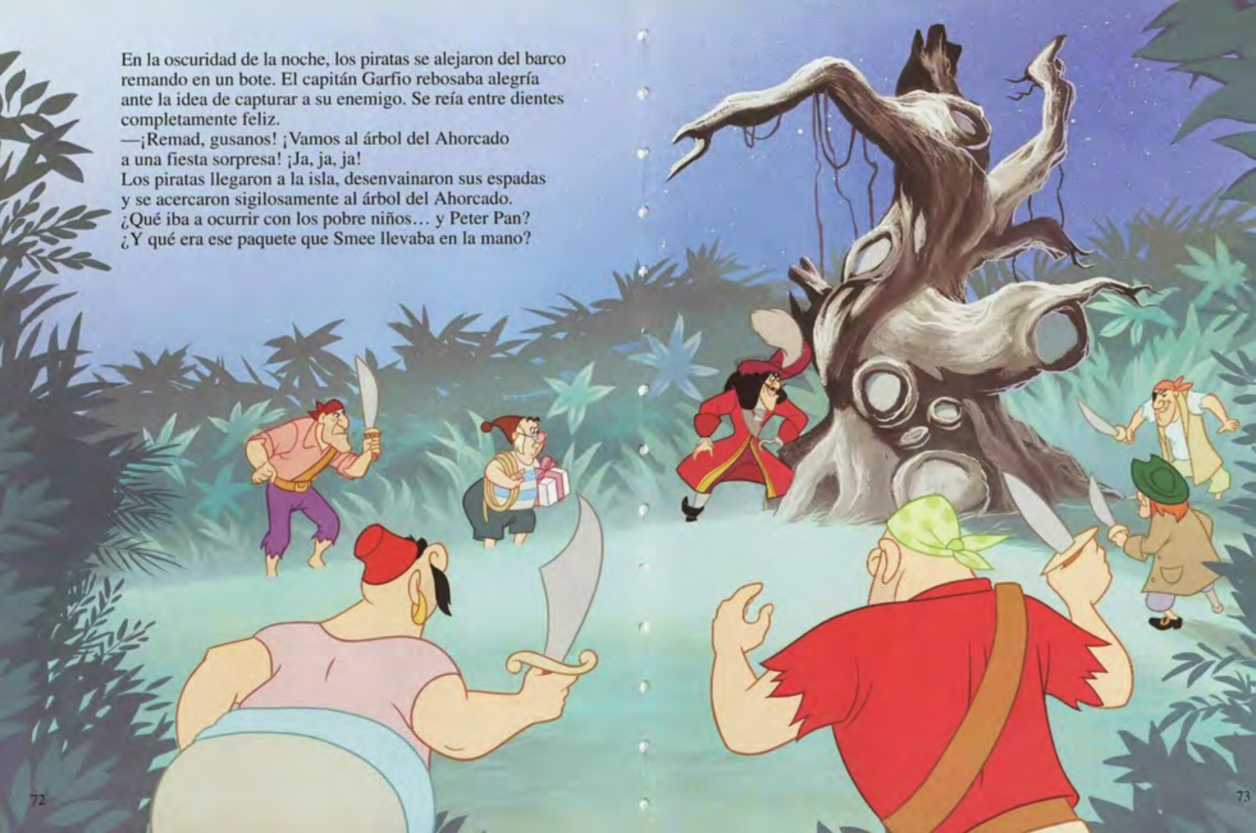
—¡Ya lo tengo, Smee! ¡Como está celosa nos revelará el escondite de Pan! Ve a tierra firme ahora mismo… ¡y trae a Campanilla!



A bordo del barco pirata, el capitán Garfio utilizó las artes de la seducción para engañar a Campanilla.

—Querida, lamento que estés furiosa con Peter Pan por culpa de esa Wendy. Si supiera dónde vive, yo mismo la capturaría y se resolverían todos tus problemas. ¡Te doy mi palabra de que no pondré un dedo… un garfio… sobre Peter Pan!

A Campanilla le alegró la idea de librarse de Wendy y mostró a Garfio el escondite en el mapa: debajo del árbol del Ahorcado.



En la oscuridad de la noche, los piratas se alejaron del barco remando en un bote. El capitán Garfio rebosaba alegría ante la idea de capturar a su enemigo. Se reía entre dientes completamente feliz.

—¡Remad, gusanos! ¡Vamos al árbol del Ahorcado a una fiesta sorpresa! ¡Ja, ja, ja!

Los piratas llegaron a la isla, desenvainaron sus espadas y se acercaron sigilosamente al árbol del Ahorcado.

¿Qué iba a ocurrir con los pobre niños… y Peter Pan?

¿Y qué era ese paquete que Smee llevaba en la mano?

En el escondite secreto, Wendy estaba acostando a los niños. Miguel no quería meterse en la cama, pero Wendy le recordó que su mamá les esperaba en casa y que debían descansar antes de iniciar el vuelo de regreso.
—¿Qué es una mamá? —preguntó uno de los Niños Perdidos.
—Creo que una vez yo tuve una… —dijo otro.
—¡Las mamás son las personas más maravillosas del mundo! —explicó Wendy a los Niños Perdidos, que escuchaban atentamente.





Las palabras de Wendy sobre las madres pusieron un poco tristes a los niños, que decidieron volar a Londres inmediatamente. Peter estaba furioso.

—¡Adelante! ¡Iros y creced! Pero cuando hayáis crecido, no podréis volver a Nunca Jamás! —exclamó enfadado. Se apartó de mala gana mientras los niños salían de la cueva. No podía imaginar lo que les aguardaba…



Los niños salieron de uno en uno del árbol del Ahorcado…, y de uno en uno fueron atrapados y amordazados por los piratas. Wendy salió la última: no quería dejar a Peter. Llegó a la puerta de la guarida y… comprobó horrorizada que los niños habían caído en manos de los piratas.

—Los tenemos a todos —dijo Smee al capitán Garfio.

—¡Llevadlos al barco! —ordenó Garfio.



—Y ahora, Smee, ¡este ingenioso artilugio se ocupará de Peter Pan! —exclamó Garfio bajando el paquete que Smee había transportado hasta el árbol.
—Pero, capitán, ¿no sería más humano cortarle el pescuezo? —preguntó Smee.
—Claro que sí —contestó Garfio—, pero di mi palabra a Campanilla de que no pondría un dedo sobre Peter Pan… ¡y el capitán Garfio siempre cumple sus promesas! ¡Ja, ja, ja!



Después, los piratas llevaron a los niños al barco y los ataron a un mástil. Garfio se acercó a ellos con una pluma en la mano.
—Y ahora, queridos, tenéis que elegir… ¡Os hacéis piratas u os echo a los tiburones!
Los niños no podían evitar la duda; quizá fuera la gran oportunidad de aprender cómo era la vida en un barco pirata. ¡Y la idea de los tiburones no era nada atractiva!



Wendy despreció con orgullo la oferta de Garfio.
—¡Preferimos los tiburones a los piratas, capitán Garfio! Además, ¡Peter Pan nos salvará!
Garfio y su tripulación soltaron una carcajada.
—¡Peter Pan les salvará! ¡Ja, ja, ja! —se burló el cruel capitán—. Me parece, queridos, que no lo habéis entendido… Dejamos un paquete sorpresa para Peter… una bomba programada para las seis en punto. A esa hora explotará y Peter Pan quedará ¡BORRADO PARA SIEMPRE DE NUNCA JAMÁS!



Después de descubrir el escondite de Peter Pan, Campanilla permanecía encerrada en un farol en el camarote del capitán Garfio. Desde su prisión, la pequeña hada oyó al capitán bromear sobre la bomba que había dejado a Peter. Comprendió que había traicionado a su amigo y que Garfio la había engañado. Desesperada, se abalanzó contra las paredes del farol hasta que logró tirarlo y romper el cristal. Salió volando a toda velocidad. ¡Tenía que avisar a Peter antes de las seis!



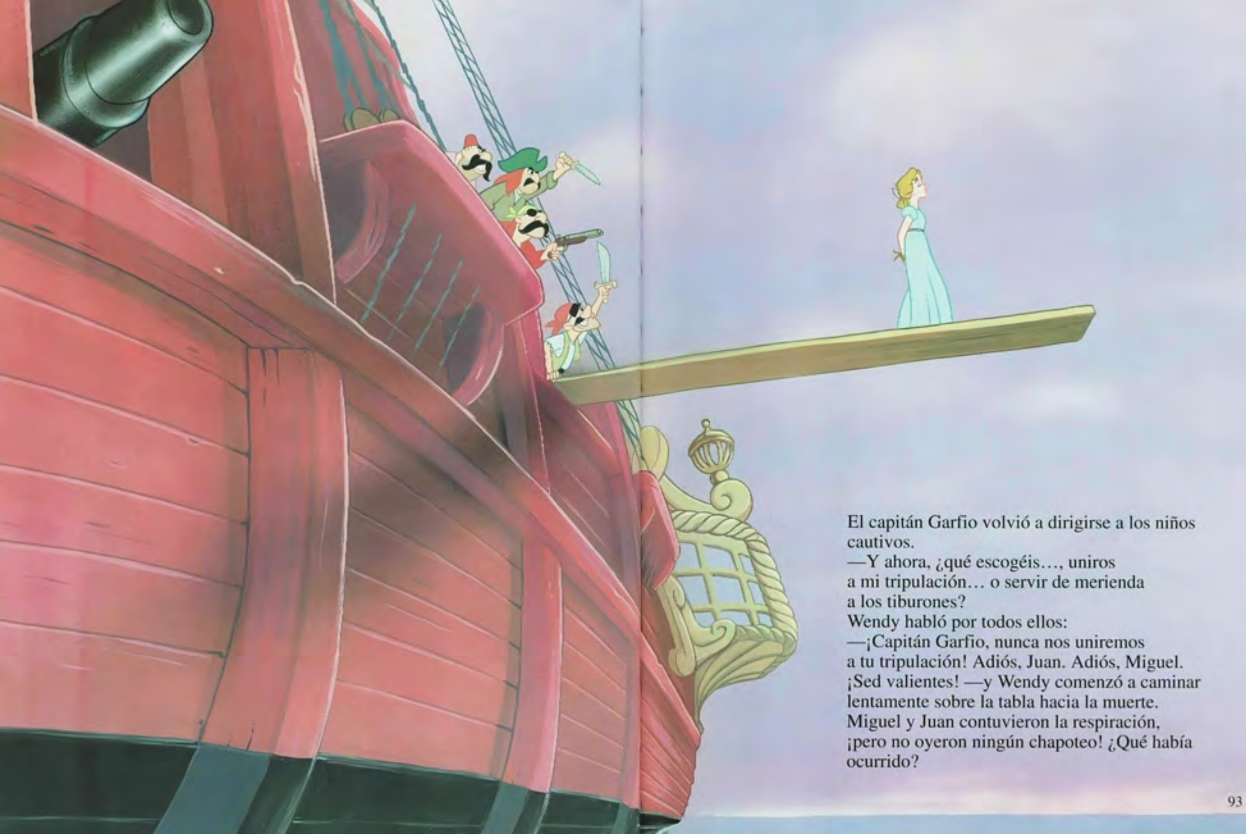
En su escondite, Peter paseaba nervioso de un lado a otro fingiendo que no le importaba estar solo. De pronto, encontró el paquete con un mensaje: «Para Peter, con cariño, de Wendy. No lo abras hasta las seis.» Estaba deseando saber qué le había dejado Wendy, pero decidió tener paciencia y esperar hasta la hora indicada. Estaba a punto de desenvolver el paquete cuando Campanilla llegó volando y se lo arrebató de las manos.

—¡Eh, Campanilla! ¡Quieta! ¿Qué ocu…? —exclamó Peter.

—¡¡¡BUUUUUUUM!!! —la bomba explotó. Parecía que Nunca Jamás se había hecho pedazos.



La explosión fue tan potente que se oyó desde el barco pirata. El capitán Garfio se quitó el sombrero y fingió derramar lágrimas de tristeza.
—Y así ha pasado a mejor vida un valiente enemigo. ¡Snif!
—¡Amén! —contestó Smee, quitándose el gorro. Los niños dejaron escapar un suspiro. No podían creer que Peter Pan hubiera muerto. ¿Qué sería de ellos ahora?



El capitán Garfio volvió a dirigirse a los niños cautivos.
—Y ahora, ¿qué escogéis…, uniros a mi tripulación… o servir de merienda a los tiburones?
Wendy habló por todos ellos:
—¡Capitán Garfio, nunca nos uniremos a tu tripulación! Adiós, Juan. Adiós, Miguel. ¡Sed valientes! —y Wendy comenzó a caminar lentamente sobre la tabla hacia la muerte.
Miguel y Juan contuvieron la respiración, ¡pero no oyeron ningún chapoteo! ¿Qué había ocurrido?



Mientras Garfio, Smee y los piratas se asomaban nerviosos por la borda en busca de alguna señal de Wendy, ella estaba sana y salva… ¡en brazos de Peter Pan!

—¡Oh, Peter, me has salvado! Pero… todos te creíamos muerto.

Peter le explicó que Campanilla había llegado a tiempo de avisarle de la bomba. También le había contado que los niños estaban presos en el barco pirata.

Luego, voló con Wendy hasta el puesto del vigía.

—¡Ahora verás, Wendy! ¡Voy a dar a Garfio su merecido!



—¡Capitán Garfio, eres un malvado! —gritó Peter desde lo alto del mástil. Garfio no podía dar crédito a sus ojos. ¡Su enemigo estaba vivo!

—¡Peter Pan! ¡No puede ser! —tartamudeó.

Peter sacó el puñal y se lanzó hacia abajo gritando:

—¡Reza lo que sepas, Garfio!

—¡Ten cuidado, Peter! ¡Intentará engañarte!



Así empezó un gran combate en el barco pirata. Peter y Garfio luchaban ferozmente mientras Campanilla liberaba a los niños, que treparon por el aparejo hasta llegar al puesto del vigía, cerca de Wendy. Desde allí, empezaron a arrojar armas y piedras a los piratas. Juan les animaba:

—¡Dadles su merecido!

—se sentía como un auténtico jefe.



Peter se abalanzó sobre el capitán Garfio, burlándose de él y luchando sin piedad.

—¡Deja de volar, cobarde! ¡Pelea como un hombre! —exclamó Garfio.

—¡Nadie me ha llamado nunca cobarde, Garfio! ¡Prometo no volar! —respondió Peter.

Los dos enemigos treparon por el barco hasta llegar al mástil más alto.

De repente, Peter perdió el equilibrio.

—¡Vuela, Peter, vuela! —gritaron los niños.

—¡No, he dado mi palabra! —contestó Peter.



Afortunadamente, Peter logró recuperar el equilibrio. Aun sin volar, era mucho más ágil que Garfio. Muy pronto, Garfio estaba agotado y suplicó a Peter piedad.

—No vas a acabar con el viejo Garfio, ¿verdad? Haré… haré lo que me digas…

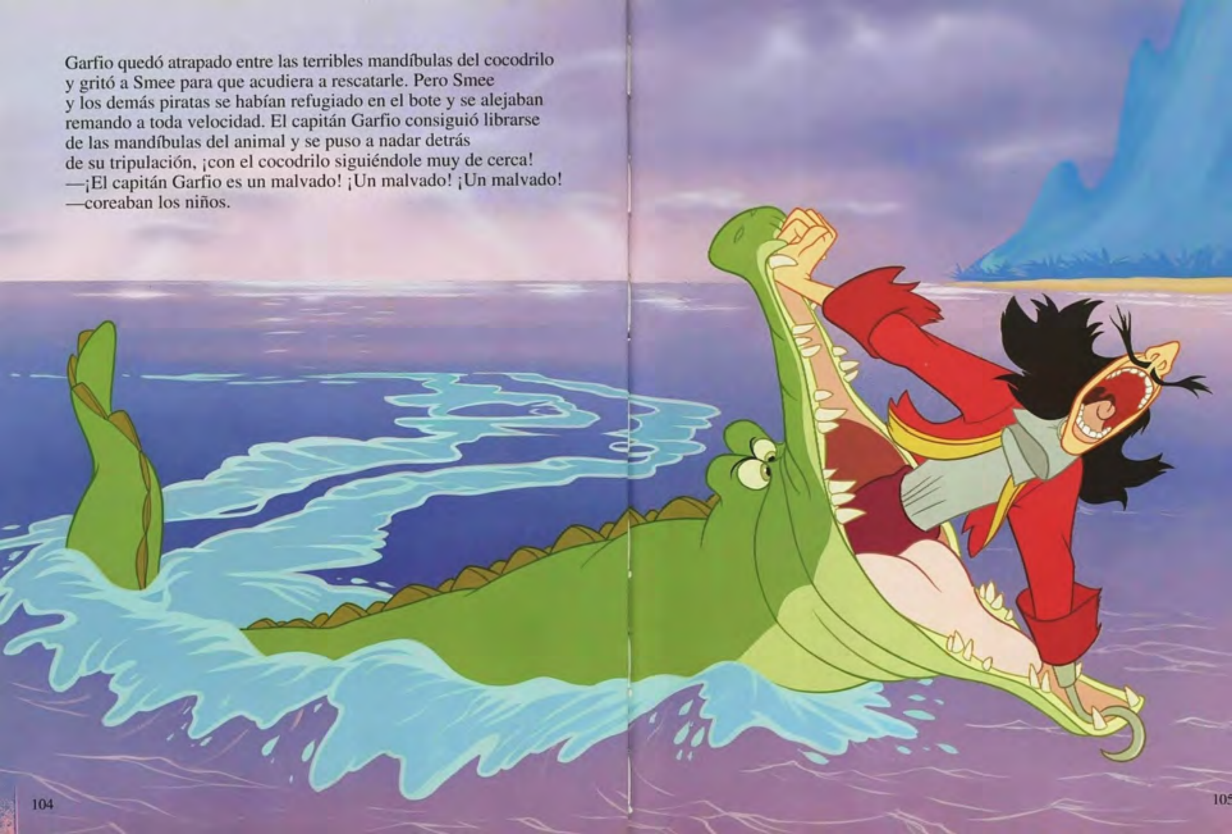
—Muy bien, ¡di que eres un malvado! —se rió Peter.

—¡Soy un malvado! —gimoteó el capitán Garfio.

De pronto, Garfio perdió el equilibrio y cayó ¡directamente a las fauces del cocodrilo!

Garfio quedó atrapado entre las terribles mandíbulas del cocodrilo y gritó a Smee para que acudiera a rescatarle. Pero Smee y los demás piratas se habían refugiado en el bote y se alejaban remando a toda velocidad. El capitán Garfio consiguió librarse de las mandíbulas del animal y se puso a nadar detrás de su tripulación, ¡con el cocodrilo siguiéndole muy de cerca!

—¡El capitán Garfio es un malvado! ¡Un malvado! ¡Un malvado! —coreaban los niños.





En el barco pirata, Peter Pan se había puesto el abrigo y el sombrero de Garfio y saludó orgulloso a su tripulación.

—¡Muy bien! ¡Levad anclas! ¡A toda vela! ¡Soltad amarras! —ordenaba el capitán Pan.

—Pero…, Peter… ¿Adónde vamos? —preguntó Wendy.

—A casa… ¡A Londres! —dijo Peter.

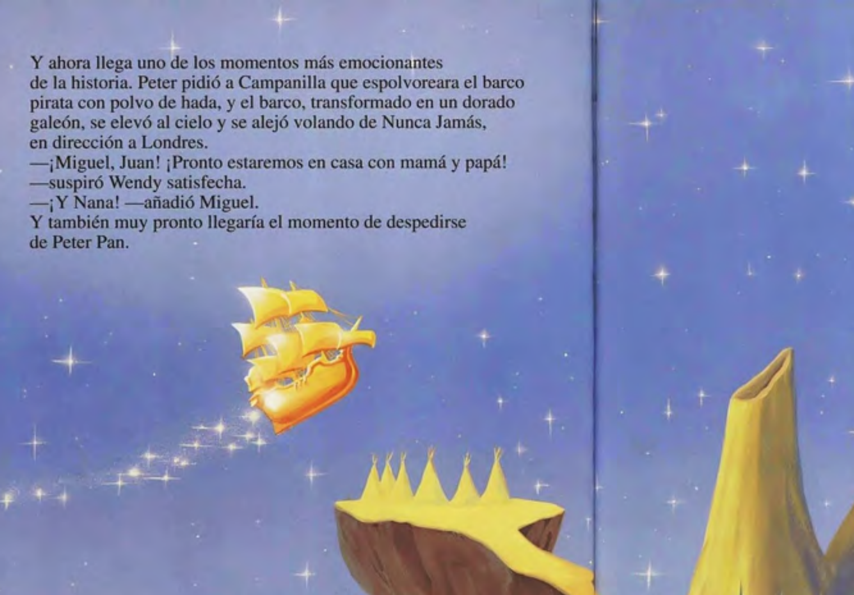
—¡A Londres! ¡Hurra! —exclamaron Juan y Miguel.

Y ahora llega uno de los momentos más emocionantes de la historia. Peter pidió a Campanilla que espolvoreara el barco pirata con polvo de hada, y el barco, transformado en un dorado galeón, se elevó al cielo y se alejó volando de Nunca Jamás, en dirección a Londres.

—¡Miguel, Juan! ¡Pronto estaremos en casa con mamá y papá! —suspiró Wendy satisfecha.

—¡Y Nana! —añadió Miguel.

Y también muy pronto llegaría el momento de despedirse de Peter Pan.





Mientras, en Londres, el señor y la señora Darling acababan de regresar de su cena. El señor Darling estaba de mucho mejor humor y había dejado que Nana volviera a entrar en casa. Subieron a ver a los niños, abrieron la puerta y contemplaron la cama de Wendy, vacía… La señora Darling descubrió a su hija dormida junto a la ventana. La pequeña se despertó y dio un brinco.

—¡Mamá, papá! ¡Peter Pan nos acaba de traer de Nunca Jamás! —exclamó Wendy muy alegre.



El señor Darling estaba a punto de interrumpir a Wendy con un «¡Tonterías!», cuando la señora Darling exclamó:
—¡Mira, George! ¡Ahí fuera!
Todos miraron por la ventana y contemplaron una nube resplandeciente en forma de barco que surcaba el cielo.
—¡Es curioso! —dijo el señor Darling sorprendido—. Tengo la extraña sensación de haber visto ese barco antes, hace mucho tiempo, cuando era niño…

CSRVPP97-09
1998 Ediciones Gaviota, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)

ISBN: 84-392-0009-9
Depósito Legal: LE. 611-1998

Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.

Los clásicos Disney

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney**, ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada
Mulán • Hércules • Pocahontas
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el Encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia


ISBN 84-392-0009-9
9 788439 200093

Ediciones Gaviota